

NELSON EN TENERIFE

Carlos VILA MIRANDA
Almirante

Introducción

Aunque el ataque de Nelson a Tenerife fue una operación menor, tiene su importancia porque permite conocer detalles de su personalidad que, de otra forma, podrían pasar desapercibidos. Es más, estoy convencido de que las primeras operaciones que realizó en el Mediterráneo conformaron su personalidad, de forma que sus decisiones tanto en Tenerife como luego en Trafalgar fueron resultado de sus experiencias en estas operaciones. Por eso, me parece conveniente repasar estas experiencias, tanto más cuanto que éstas incluyen la única derrota que sufrió Nelson, que esto fue, sin paliativos, el resultado de su ataque a Tenerife en 1797.

La carrera de Nelson hasta que empezó sus operaciones en el Mediterráneo fue la de uno de tantos oficiales de la marina inglesa en aquellos días, aunque por haber estado en las Indias Occidentales combatiendo contra los españoles en la guerra de la Revolución americana ascendió con una rapidez inusitada: aprobó su examen para teniente de navío a los 19 años, y el de capitán de navío a los 20 y mandó barcos con ese empleo siendo muy joven. Pero a pesar de eso, a los 30 años, en 1788, pasó a la situación de sin destino y quedó en tierra cobrando media paga.

Tolón y Córcega

La suerte o la visión de futuro de alguien en el almirantazgo hicieron que en enero de 1793, después de los cinco años sin destino, Nelson estuviera mandando el navío *Agamemnon* en el Mediterráneo, debido probablemente al rearme previo a la entrada en guerra de Inglaterra, que se unió a la que hacía media Europa contra Francia en defensa de Luis XVI y de su familia. Las primeras operaciones de la escuadra inglesa en esa guerra, y de la española, que fue en esta ocasión su aliada, fue la del socorro de Tolón, que había pedido la protección de las escuadras inglesa y española, y estaba sitiado por tropas republicanas. Nelson realizó una serie de misiones diplomáticas cerca de los

pequeños estados de la península italiana que le encargó el comandante en jefe de la escuadra inglesa, almirante Hood. Cuando los aliados abandonaron Tolón, Nelson se incorporó a la escuadra inglesa y empezó la parte más brillante de su carrera. Es curioso que la reconquista de Tolón por los republicanos fuera también el inicio de la fulgurante carrera de Napoleón, cuya actuación como comandante de la artillería republicana fue determinante para la conquista de Tolón.

Córcega

Durante su estancia en Tolón, el almirante Hood ya había pensado en la toma de Córcega en caso de verse obligado a abandonar ese puerto, de modo que después de la evacuación de esta plaza, y aprovechando el malestar que reinaba en esa isla con la República, agudizado por la ejecución del rey Luis XVI, la escuadra de Hood se presentó ante Córcega a principios de 1794. Estaba formada por un total de 24 barcos, mercantes y de guerra, entre los que se encontraba el *Agamemnon* de Nelson.

El general Dundas, que mandaba las fuerzas de ejército desembarcadas por los ingleses, no quería atacar Bastia antes de recibir refuerzos de Gibraltar, por lo que Nelson informó a Hood que creía que con la ayuda de los barcos y con los infantes de Marina de los barcos y los soldados de la infantería inglesa, que habían embarcado de Real Orden para suplir la falta de infantes de marina, se podría tomar Bastia. Hood aprobó la idea de Nelson, reclamó a Dundas los soldados que habían hecho el papel de infantes de marina y el día 4 de abril Hood puso en tierra su fuerza de desembarco formada por 1.183 soldados de ejército y de infantería de marina, más 250 marineros. Prueba del prestigio que tenía Nelson ya entonces, y de la confianza que en él depositaba su almirante, fue que Hood lo nombró jefe de esta fuerza de desembarco. El asedio duró algo más de mes y medio, y el 24 de mayo los 4.500 soldados franceses que defendían Bastia se rindieron a los menos de 1.000 ingleses que la atacaban. Que el asedio fue un ataque serio lo demuestra el hecho de que los ingleses hicieran con su artillería muy cerca de 20.000 disparos, entre balas rasas y granadas. Una vez tomada Bastia, que está situada en el NE de Córcega, los ingleses se trasladaron al NW de la isla, para sitiar Calvi. Los soldados ingleses ante Calvi estaban mandados por el general Stuart, que aparentemente no puso dificultades a su participación en el sitio, bien porque ya hubieran llegado los refuerzos de Gibraltar que había esperado Dundas o bien porque Stuart pensara que, de hacerlo, Nelson, que mandaba

el destacamento naval que había desembarcado para participar en el asedio, le arrebataría la gloria de la victoria, como le había sucedido a Dundas. El día 10 de agosto, los franceses se rindieron a los ingleses después de un asedio en el que Nelson perdió la visión del ojo derecho.

El resultado inmediato de las tomas de las ciudades corsas fue que Córcega quedó bajo la soberanía del rey de Inglaterra. Pero muy pronto los corsos se sintieron descontentos con los ingleses, sobre todo cuando el virrey les impuso tributos e impuestos, ya que ellos esperaban que, al haberse liberado de los franceses, quedarían también libres de impuestos y cargas económicas.

Cádiz

Las victorias de Napoleón en Italia, y la pérdida por los ingleses de la ayuda popular en Córcega hicieron insostenible la situación de éstos en el Mediterráneo. Por lo tanto, Nelson evacuó las fuerzas inglesas de Córcega y, después de ponerlas a salvo, se incorporó al bloqueo de Cádiz en la nueva guerra que enfrentaba a España e Inglaterra después del breve episodio de Tolón. Allí, como comandante del bloqueo, hizo gala de su iniciativa y agresividad, saliendo en su bote por las noches para inspeccionar las situaciones de las fragatas que cerraban el bloqueo. Una noche fue sorprendido por una lancha española, y su vida corrió un serio peligro en la lucha que siguió. Él mismo dijo que el patrón de su bote le había salvado la vida en dos ocasiones.

San Vicente

Para guardar el orden cronológico, conviene señalar que en febrero de 1797 Nelson, participó en el combate de San Vicente como comodoro, pero no añadiré más a lo que ya ha explicado con su acostumbrada pericia el almirante González-Aller.

El supuesto viaje del virrey de la Nueva España

Cuando Nelson salió de Lisboa, adonde había arribado después del combate de San Vicente, para vigilar los movimientos de los barcos españoles, ya tenía la idea de interceptar un barco español que creían los ingleses

debía traer a España al virrey de la Nueva España con sus tesoros. En marzo de 1797 Nelson escribió a Jervis diciéndole que sería una pena que se les escapara el virrey, y el mismo mes le decía al duque de Clarence que creía que el virrey se dirigía a Tenerife. El 31 de marzo Jervis le escribía a Nelson que era seguro que habían salido de Veracruz y La Habana barcos que él calificaba como *rich ships*, barcos ricos. Le informaba además que había enviado a Tenerife a las fragatas *Terpsicore* y *Dido* para ver si había llegado allí el virrey. Por su parte, Nelson escribió otra carta a Jervis en la que le explicaba su plan: Decía que los barcos españoles generalmente se amarraban con dos cables por proa hacia la mar y cuatro a tierra por la popa, por lo cual, aunque podría apoderarse de ellos si el viento no era de tierra, era posible que fracasaran en caso contrario. Decía también que no creía que los defensores tuvieran éxito. Su plan se basaba en el ataque de Blake a Tenerife en 1657, que atacó con 36 barcos ingleses a 11 barcos españoles de una flota de Indias que habían arribado a Tenerife ante las noticias de las intenciones de Blake. Los barcos españoles habían puesto en tierra su carga y habían fondeado para defenderse al cañón. Después de un combate que duró cuatro horas, el general Egués ordenó incendiar y volar los barcos.

Al fin, Jervis destacó el día 15 de julio a Nelson, ya contralmirante, con una escuadra formada por tres navíos, tres fragatas, una balandra y una bombardera. Posteriormente Jervis envió a esa escuadra otro navío que había llegado recientemente de Inglaterra.

El general Gutiérrez

El adversario de Nelson en Tenerife fue el teniente general D. Antonio Gutiérrez, que mandaba hacía seis años en el archipiélago como comandante general y gobernador. Se sabe poco de su carrera por no haber aparecido su expediente personal, pero se puede reconstruir por unos pocos documentos sueltos.

Nació en 1729. Estuvo en las guerras de Italia desde 1743, probablemente empezando como cadete pues tenía entonces 14 años, hasta su terminación en 1748. Ocupó destinos en varios regimientos de infantería, y en 1770, cuando los ingleses ocuparon Puerto Egmont en la Malvina Grande, mandó, como teniente coronel, la fuerza de desembarco de infantería y artillería españolas que se envió en cuatro fragatas desde Buenos Aires para desalojarlos. Las negociaciones que siguieron al desembarco, cuidadosamente

medidas por ambas partes para evitar bajas inútiles debido a la desigualdad de fuerzas, desembocaron en la capitulación de la guarnición británica después de unos pocos disparos para guardar las formas. No estará de más decir ahora que, cuando en Inglaterra se levantó un clamor de protestas por el abandono de las Malvinas, y se llegó en los dos bandos, España e Inglaterra, al borde de la guerra, Francia, que conocía y había alentado las intenciones españolas, dio marcha atrás y dejó sola a España. Luis XV intentó explicarlo destituyendo a su ministro, el duque de Choiseul, y escribiendo a Carlos III que aunque su ministro quería la guerra, él no, con lo cual demostraba el respeto que le ofrecían los compromisos del Pacto de Familia firmado hacía sólo nueve años. Es inevitable que todo este asunto nos traiga a la memoria el muy reciente del islote Perejil. Gutiérrez participó también en la desastrosa expedición a Argel el año 1775, de donde tuvo la gran suerte de salir sólo con una herida grave, librándose de estar entre los aproximadamente 5.000 muertos españoles que se contaron ese funesto día, y luego, ya de brigadier, fue comandante militar de Menorca. En 1790 ascendió a mariscal de campo, y al año siguiente fue nombrado comandante general y gobernador de Canarias, donde el año 1793 ascendió a teniente general, empleo que tenía cuando el ataque de Nelson.

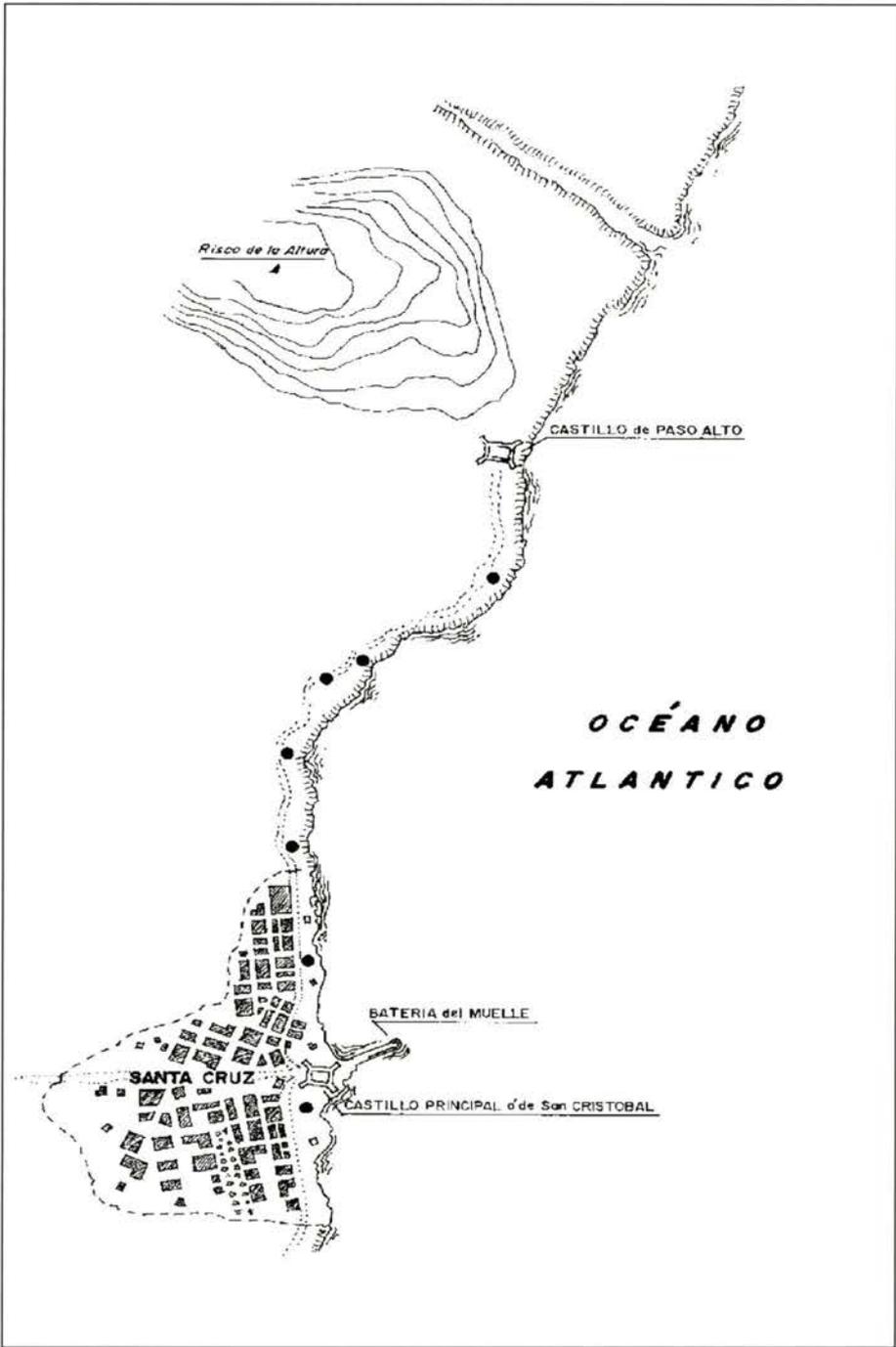
Fuerzas españolas en Tenerife

Volviendo a Santa Cruz, la capital de la isla de Tenerife estaba protegida por catorce fuertes y baterías, y por dos castillos. Tanto éstos como los fuertes y las baterías estaban relativamente bien dotados de artillería: disponían en total de 84 cañones y 7 morteros.

Por lo que respecta a las tropas, su base, o por mejor decir su masa, la constituían las milicias provinciales, que eran entonces la solución que adoptaba España para tener un ejército gratis, ya que los milicianos no cobraban sueldo ni estaban racionados más que cuando prestaban servicio activo. No hay que extrañarse de tal solución, pues hoy la están empleando los Estados Unidos, que no podrían llevar a cabo las guerras que hemos visto si no contaran con la Guardia Nacional, y que antes o después tendremos que adoptar nosotros. Las milicias llegaron a contar con 80.000 soldados en toda España, y las de Tenerife estaban formadas por cinco regimientos de infantería, cada uno con 10 compañías, dos de las cuales eran de granaderos y cazadores, con una plantilla total cada regimiento de 840 hombres. Las milicias de artillería eran tres compañías con un total de 205 artilleros.



Ataque británico a Santa Cruz de Tenerife (25 de julio de 1797).
Óleo sobre lienzo de Pedro Mafiotte y Arocha. 1848.
Museo Naval de la Armada en Madrid. Núm. Inv.: 886.



El ejército profesional estaba representado desde 1793 por el batallón de infantería de Canarias, que servía de escuela para las milicias. Sus soldados eran *veteranos*, es decir, soldados profesionales a sueldo, que generalmente procedían de las milicias. Su plantilla era de 600 hombres, pero desde su formación no había pasado de los 300. El total de la infantería estaba razonablemente bien armada, ya que sabemos que en 1790 había en Tenerife 1.998 fusiles, 1.897 bayonetas, y balas y cartuchos más que suficientes para todos los fusiles.

El capitán general había señalado hacía ya tiempo que en el caso de una guerra con Inglaterra sería conveniente reforzar la guarnición de las islas con *tropa veterana*. Como ya declarada la guerra no había recibido este refuerzo, decidió reforzar la guarnición de Santa Cruz, como zona más amenazada, con las compañías de granaderos de los cinco regimientos de milicias que había en la isla. Esta medida se explica porque los granaderos eran soldados escogidos y, por lo tanto, de superior calidad a los del resto del regimiento, y además en la reciente guerra contra Francia en el Rosellón había participado una columna de granaderos de Canarias formada por las compañías de granaderos de todos los regimientos de las islas, por lo que sus soldados eran lo más parecido a *soldados veteranos* que se podía encontrar en el archipiélago.

Tuvo también la suerte el capitán general de recibir inesperados refuerzos. Después de la declaración de guerra llegaron a la isla dos partidas de reclutas que iban destinados a La Habana y a Santiago de Cuba y que se quedaron en Santa Cruz para contribuir a su defensa. Todavía más inesperada fue la ayuda de la dotación de la corbeta de guerra francesa *La Mutine*, que entró en Santa Cruz y de la que hablaremos más adelante. En la defensa participaron aproximadamente 100 de sus marineros.

Acciones previas

El 23 de enero de 1797 llegaron a Tenerife las fragatas de la Real Compañía de Filipinas *San José* y *Príncipe Fernando*, que venían a España con géneros de las Indias Orientales, y cuyos capitanes al enterarse del estado de guerra con Inglaterra habían decidido arribar a Tenerife. Por razones que no he llegado a explicarme, los dos barcos de la Compañía fondearon casi fuera de la protección de las baterías de la plaza, no calaron masteleros, vergas ni velas; no emplearon para fondear amarras sólidas; no admitieron a bordo destacamentos de ejército para su protección que les ofreció el gober-

nador, especialmente para la noche; y, lo que es más importante, se negaron a desembarcar su carga para depositarla en los almacenes reales de Santa Cruz. Sus capitanes no tomaron, en fin, ninguna de las precauciones que tomaría un marino prudente para evitar algo como lo que sucedió y, más que imprudentes, actuaron como tontos. Quizá el general Gutiérrez estimó que eran barcos de Estado, por estar asimilados a barcos de la armada, y sus capitanes a capitanes de mar y guerra, por lo que no los forzó a tomar las precauciones citadas. Lo extraño, y que parece dar a entender que había alguna razón que se me escapa para obrar así, es que el 26 de mayo llegó a Santa Cruz la corbeta francesa de guerra *La Mutine* para hacer víveres yagua, y cuando fondeó lo hizo de forma que quedó expuesta al apresamiento. También participó en la defensa la dotación del bergantín correo *Reina María Luisa*, que llegó a Santa Cruz el 21 de julio con correspondencia para la isla y para la América del Sur.

Por su parte, las fragatas *Terpsicore* y *Dido*, que Jervis había destacado a finales de marzo para comprobar si había llegado a Tenerife el virrey de la Nueva España, llegaron a aguas de Tenerife, y en la noche del 17 al 18 de abril enviaron sus botes con gente que abordó a la fragata *Príncipe Fernando*, redujo a su tripulación, picó sus cables, largó velachos y gavias y se hizo a la mar en la presa. Bien es verdad que la compañía de Filipinas no perdió el total de la fragata, porque despachó un comisionado a Gibraltar, a donde había llegado la presa, y la rescató pagando 175.000 pesos por la carga y el barco. Hay que señalar que solamente la carga valía 3.063.826 reales. Los ingleses repitieron la jugada, y en la madrugada del día 29 de mayo los botes de dos fragatas inglesas apresaron a *La Mutine*, cuando tenía a bordo 113 hombres de su dotación de un total de 145.

El día 4 de junio se cambiaron los prisioneros franceses y españoles por una parte e ingleses por la otra.

El ataque

El 22 de julio fondearon frente al barranco del Bufadero y fuera de tiro de cañón las tres fragatas a las que Nelson había ordenado transbordar una fuerza de desembarco. Esta fuerza debía estar formada por 200 marineros de cada navío y 100 de cada fragata, aunque los comandantes estaban autorizados a aumentar el número siempre que quedaran a bordo los necesarios para la maniobra de cada barco y de sus lanchas. Los hombres de la fuerza de desembarco eran en su mayoría marineros, además de 250 de infantería de mari-

na y algunos de artillería, e iban mandados por el capitán de navío Troubridge y por los comandantes de los barcos, de los cuales sólo uno se había quedado embarcado acompañando a Nelson. Los ingleses desembarcaron en la playa de Valle Seco y se dirigieron a ocupar las alturas que dominaban por tierra el castillo de Paso Alto. La idea de la maniobra inglesa era atacar el castillo una vez establecida una posición en las alturas a su retaguardia, con la ayuda de la artillería que allí se establecería; una vez tomado el castillo, Troubridge debía decidir si seguir con todas sus fuerzas hacia Santa Cruz y atacar el castillo de San Cristóbal, o enviar desde Paso Alto a las autoridades de la ciudad un parlamentario con una carta, que el propio Nelson le había entregado, intimando a la rendición y a la entrega de la otra fragata de la compañía de Filipinas con toda su carga, así como de los géneros de los almacenes reales que hubieran sido desembarcadas en el puerto y que no estuvieran destinadas al suministro de sus habitantes.

La fuerza de desembarco, que el general Gutiérrez estimó en 1.200 ó 1.300 hombres, subió efectivamente a las alturas al Norte del barranco de Valleseco, pero se encontró con que las de las Alturas del Risco y las del Sur de ese barranco estaban siendo ocupadas por partidas españolas que llegaban de Santa Cruz e incluso de La Laguna. Además, los defensores habían subido a brazo a las Alturas unos cañones de pequeño calibre, que cambiaban disparos con los desembarcados por los ingleses, y al final del día a los cerca de 1.000 ingleses se oponían unos 800 españoles y franceses, que tenían además la ventaja del inaccesible terreno que hacía imposible las maniobras de los ingleses. Convencidos éstos de que sería imposible llevar cabo su idea, Troubridge decidió reembarcar, cosa que la fuerza inglesa hizo en la noche del 22 al 23.

En mi opinión, esta frustrada intentona no se ajusta al carácter de Nelson. Él mismo pareció darlo a entender, por no decir que se disculpó, cuando escribió en su Diario de Operaciones que el plan se lo habían propuesto tres de sus comandantes en una reunión que habían tenido en el barco insignia poco antes del desembarco, y que él había *consentido* en ello. Pero por eso, y «por el honor de su rey y por el de Inglaterra», según dijo en el mismo diario, decidió hacer otro intento, ya más en consonancia con su carácter: atacar frontalmente las defensas de Santa Cruz. Al tomar esta decisión era consciente de que se exponía a un grave peligro, como lo expresó a su jefe, el almirante Jervis, en una carta que le escribió la misma noche antes del ataque, en la que le decía que al día siguiente estaría coronado de laureles o de ciprés, es decir, muerto.

La escuadra inglesa fondeó en el mismo sitio en que lo habían hecho las fragatas, quizá en un intento de engañar a Gutiérrez, pero éste no se había dejado engañar, y ya la misma noche del reembarco inglés había ordenado que las fuerzas de la Altura del Risco se incorporaran a Santa Cruz. A las once de la noche del día 24 embarcaron 700 hombres en las lanchas de los barcos, casi 200 en la balandra *Fox* y 60 en una embarcación del país, que habían apresado el día antes. La fuerza de desembarco, distribuida en seis grupos, estaba mandada por cinco comandantes de los barcos y por el propio Nelson, al que acompañaban en su bote dos comandantes más. Los infantes de marina, como es lógico, y parte de la marinería iba armada con fusiles y el resto con chuzos y hachas de abordaje. Es difícil calcular cuantos fueron los defensores que se enfrentaron a ellos. Un número que parece razonable puede ser 747 infantes del ejército profesional y de las milicias, 387 artilleros también profesionales y de milicias, 110 marineros de la Marina Nacional francesa de la dotación de *La Mutine*, 180 pilotos, contraмаestres y auxiliares, y 180 campesinos de La Laguna armados de rozado ras, instrumento de labranza parecido a la guadaña, y, lo que haría un total de 1.669. Lo que no es fácil de estimar es cuantos estuvieron en contacto más o menos directo con los enemigos, pues así como éstos estaban concentrados en el punto de ataque, los defensores estaban repartidos, al menos inicialmente, en castillos y baterías.

Mientras la bombardera tiraba sobre Paso Alto y sus alturas, las lanchas y la balandra *Fox*, que iba en cabeza, se dirigían al muelle, donde debía realizarse el desembarco. A las dos de la mañana, la fragata *San José*, de la compañía de Filipinas, y el castillo de San Pedro, en el límite Nordeste de la ciudad, avistaron a los ingleses y abrieron fuego, al que se sumaron todos los cañones de la izquierda de la línea española. Este cañoneo inicial hundió a la balandra *Fox* y desorganizó la línea de las lanchas inglesas, de modo que la mayoría de estas no vieron el muelle y se dirigieron más al sur. El grupo de Nelson y el de otro de sus capitanes lograron llegar al muelle, y en el preciso momento en el que Nelson iba a desembarcar un casco de metralla o una esquirla de piedra arrancada del muelle por una bala de cañón lo hirió en el codo derecho. Una de las lanchas evacuó a Nelson a su buque insignia, donde le amputaron el brazo.

Las lanchas que atracaron al muelle desembarcaron su gente bajo el fuego español y atacaron la batería de la punta del muelle, que tomaron de revés con relativa facilidad pero faltos de protección en el muelle e incapaces de asaltar el castillo de San Cristóbal, quedaron expuestos al mortífero fuego de metralla y de fusil que le hizo el castillo, en el que se destacaron dos cañones violentos a cargo de dos pilotos a pesar de lo cual, clavaron los



Ataque británico a Santa Cruz de Tenerife (25 de julio de 1797).
Óleo sobre lienzo de Francisco Aguilar Fuentes.
Museo Naval de la Armada en Madrid. Núm. Inv.: 891.

seis cañones de 24 libras de la batería. Allí murieron el capitán de navío Bowen, que al mando de la fragata *Terpsicore* había apresado la fragata de la Compañía de Filipinas, su segundo y otros dos oficiales. Resultaron heridos, además de Nelson, otros dos capitanes de navío comandantes, un oficial, y un guardiamarina, además de muchos muertos: heridos de marinería y de Infantería de Marina. Los pocos supervivientes se defendieron como pudieron desde una caseta del muelle y acabaron por izar bandera blanca y rendirse.

Los otros grupos ingleses fueron arrastrados al SW del muelle y llegaron a tierra en dos agrupaciones, donde la mayor parte de las lanchas se atravesaron por el fuerte oleaje, normal en aquellas costas rocosas, y muchos ingleses murieron ahogados. Los que desembarcaron se vieron sometidos al fuego de fusil y de dos cañones violentos mandados por otros dos pilotos, así como a un contraataque de los defensores mandado por un cabo primero de milicias que les hizo 17 prisioneros y se apoderó de una caja de guerra y de un cañón de campaña, por lo que, en una huida hacia adelante, ya que no podían retroceder, se adentraron en la ciudad, se reunieron y, acosados por los defensores, se refugiaron en el convento de Santo Domingo, hoy demolido pero que estaba en la plaza del Teatro. Desde allí, Troubridge, que era quien mandaba la fuerza de desembarco después de la herida y evacuación de



Ataque británico a Santa Cruz de Tenerife (25 de julio de 1797).
Óleo sobre lienzo de Nicolás Alfaro y Brieva. 1848.
Museo Naval de la Armada en Madrid. Núm. Inv.: 888.

Nelson, envió dos ultimátums a Gutiérrez exigiéndole la rendición de la plaza. Aún tuvo Troubridge en estos momentos un motivo para la esperanza, que fue cuando se avistaron unas quince lanchas que enviaba Nelson con los restos de las fuerzas que podía desembarcar, pero la artillería española de la punta del muelle, que habían desclavado los españoles, abrió fuego contra ellas y hundió tres, y las lanchas restantes regresaron a los barcos. Desilusionado, cuando Gutiérrez rechazó orgullosamente los ultimátums, Troubridge envió al CN Hood para capitular. Acordada la capitulación, terminó el ataque y los ingleses reembarcaron, para lo que el puerto tuvo que proporcionar embarcaciones menores, ya que los atacantes habían perdido muchas lanchas, y las que habían sobrevivido a las rompientes habían sido desfondadas por orden del capitán de puerto.

Después de los combates, los tinerfeños entregaron en los reales almacenes, que los pagaron convenientemente, dos banderas, una de ellas perteneciente a la fragata *Emerald*, un cañón de desembarco, 80 fusiles, 77 bayonetas, 9 pistolas, dos cajas de guerra o tambores, que entonces se consideraban un glorioso trofeo de guerra y dos escalas de asalto. Y dejamos para el final la cuenta de bajas. Los ingleses tuvieron 226 muertos y 123 heridos, mientras que los españoles fueron 25 muertos y 33 heridos.

Durante todo el siglo XIX fue común la opinión de que Gutiérrez había dejado escapar a los ingleses demasiado fácilmente. Yo creo que hizo lo correcto. Es muy probable que para Gutiérrez fuera un problema la presencia, y no digamos la custodia, de centenares de prisioneros militares ingleses, encuadrados por sus jefes, que es lo que debía de haber en tierra. Además, la generación que intervino en Tenerife fue la última de las guerras entre caballeros, como lo demuestran las corteses cartas y los obsequios intercambiados, como el queso y el barril de cerveza que envió Nelson a Gutiérrez y las limetas de vino con que correspondió éste, y que Nelson se ofreciera a enviar a Cádiz en uno de sus barcos el parte de Gutiérrez dando cuenta de su victoria, ofrecimiento que fue aceptado. Eran caballeros que tenían sobre sí el peso de una tradición que debían cumplir.

Conclusión

Aunque sea meterme en camisa de once varas, no puedo sustraerme a la tentación de imaginarme cuál sería la actitud de Nelson justo antes del ataque a Santa Cruz. El hecho de intervenir de forma determinante en la conquista de un reino para su soberano tuvo que haber sido un motivo de orgullo que pocos hombres habrían experimentado. Por si fuera poco, estas operaciones habían tenido lugar en un escenario que no era familiar a la mayoría de los oficiales de marina, de modo que la confianza en sí mismo que sin duda era una parte muy importante de su personalidad tuvo que verse grandemente reforzada después de las operaciones (me resisto a llamarlas conquista) de Córcega. Seguramente ésa fue la razón por lo que tomó la evacuación de esta isla, escenario de sus éxitos, como una ofensa personal, de forma que cuando salía con el último bote inglés, se despidió de los corsos con una retahíla de insultos. A estos éxitos se añadió el conseguido en combate de San Vicente, del cual ya ha hablado el almirante González-Aller, en el que encabezó el trozo de abordaje de su barco. El mismo Nelson dijo con evidente satisfacción que en ningún momento de su carrera había habido un tiempo en el que hubiera ejercitado tanto su valor ante el enemigo como en estas operaciones. Él fue consciente de que se estaba forjando una leyenda a su alrededor (él mismo habló del *Nelson touch*, el genio de Nelson) y durante esta parte de su carrera se destacó por su iniciativa, agresividad, confianza en sí mismo, y claridad de miras respecto a la guerra, características que conserva la marina inglesa, que se considera aun hoy su heredera. Inculcaba a sus subordinados que su principal

misión era aniquilar a los enemigos, pero los respetaba y cuidaba una vez vencidos. Pero ante la posibilidad de que se exageraran estas características suyas, dijo: «No se imaginen que soy uno de esos insensatos que se arriesgan a combatir en enorme inferioridad y sin un objetivo adecuado».

Sin embargo, su derrota en Tenerife deja al descubierto fallos en el planeamiento y ejecución del desembarco que habrían quedado ocultos por su victoria, de haberse producido.

El fondeo de la escuadra al norte de Paso Alto obligó a las lanchas a realizar su aproximación cerca de tierra, para distinguirla en la oscuridad de la noche y localizar el muelle, punto previsto del desembarco. El desfile de la balandra por delante de las baterías y de los barcos españoles fondeados exponía a las lanchas a un descubrimiento prematuro, que fue lo que les sucedió, de forma que el final de la aproximación y el desembarco tuvieron que realizarse bajo el fuego de los defensores, con efectos desastrosos para los atacantes.

La balandra *Fox*, que encabezaba las línea de lanchas, llevaba a su bordo el respeto de munición, víveres y escalas de asalto, todos ellos parte esencial del equipo de asalto. Muchos de los atacantes que desembarcaron en las calas al sur del muelle cayeron al agua cuando sus lanchas se atravesaron y volcaron en la playa, por lo que gran parte de la fuerza inglesa sólo contaba con cartuchos mojados.

No se comprende cuál era la idea de la maniobra de Nelson. Naturalmente era jugarse el todo por el todo, pero con una defensa alertada, fogueada y habiendo dado pruebas de prontitud en su reacción, el segundo intento parece un suicidio, y casi lo fue. Nelson se exponía a quedarse con la mayor parte de su fuerza, incluyendo a comandantes y oficiales, en tierra y sin posibilidad de comunicación con sus barcos, como efectivamente sucedió.